

histórico-artísticos existentes fuera de la vieja muralla: Plaza Mayor, Palacio de Abrantes, Casas de los Trucos, de la Isla, de Roco, Colegio viejo de San Pedro, Iglesia de Santiago, Iglesia y Convento de San Francisco, Ermita del Espíritu Santo y Santuario de la Virgen de la Montaña. Por lo alcanzado felicitamos a la Comisión y Monumentos, presidida por D. Emilio Herreros, y a las autoridades que han apoyado las gestiones de la Comisión, hasta hacer dichosa realidad el propósito desde hace tanto tiempo acariciado, y del que tanto bien ha de esperarse para la conservación artística de Cáceres.

A la Obra Sindical «Educación y Descanso» y a su entusiasta Jefe, Capitán señor García-Plata, se debe la celebración de la I Exposición Filatélica Cacerense, que ha constituido un gratisimo logro tanto por la calidad de los sellos como por la cantidad de concursantes. La concurrencia fué numerosísima y los comentarios pasaban de la sorpresa al elogio, ante las valiosas aportaciones de sellos coloniales, carlistas, raros, de flores, de advocación Mariana y otras, que formaban un sugestivo índice del entusiasmo y capacidad de los filatélicos extremeños, entre los que descuellan los sacerdotes D. Félix Sánchez y D. Pedro Zancada, y los señores Chaves, Jiménez Acedo, Murillo, González Delgado, Castillo, García Liberal, García-Plata y otros. En el acto de clausura y reparto de premios, el Sr. Sanz Catalán, dió cuenta de que se ha solicitado de la superioridad la emisión de un sello conmemorativo de la exposición y destinado a engrosar la suscripción abierta para las obras de reparación de la Iglesia de Santiago, y cuyo diseño es debido al dibujante Sr. Burgos Capdevielle.

Uno de los pintores extremeños que más posibilidades encierra para no tardar mucho en llegar a una sólida culminación de su arte, es Eduardo Acosta, que acaba de presentar en el Casino de Badajoz treinta y cinco cuadros de figuras, paisajes y bodegones, óleos y acuarelas, pregones de un tenaz esfuerzo y de un decidido mejoramiento en la técnica. Como el artista trabaja en Sevilla, oscila entre el brillante colorido y el sobrio realismo, y acentuó tal vez con demasía los violentos contrastes de luz y sombra que hacen propender hacia un leve decorativismo sus enérgicos y bien concebidos paisajes. Aparte de éstos y de los bodegones, presenta Acosta tres obras de composición cuya estimativa va en *crescendo* desde «Trono cañi», pasando por «El primer regalo», hasta «El anticuario», cuadro de innegables dificultades y de elevadas pretensiones, resuelto ágilmente al resaltar con belleza el rugoso rostro del anciano entre las tersas y brillantes porcelanas que le rodean. En suma, un exponente de conseguidos pasos en el firme marchar hacia la meta que se ha propuesto la vocación de Acosta, al que hacemos presente nuestros plácemes.

Este año se han presentado veinticinco trabajos al concurso de carteles anunciadores de la feria de Cáceres, la mayoría de los cuales denotan una evidente facilidad cuando no maestría, en la concepción y delineado de los temas, pero sin acertar con ese «quid» que ha de hacer del cartel «un grito de colores en la pared». Los que ostentan los lemas «Conde», «Adela», «El roto», «Ara y cantia» y algún otro son muestras de ello: pero la técnica cartelística—tema sencillo, dibujo expresivo y colorido fulgurante—solo ha sido interpretada en los tres trabajos que ostentan los títulos de «Vidal», «Mi patria chica» y «Redoble». Justificado el primer premio concedido al Sr. Burgos Capdevielle, autor del cartel «Vidal», pues la figura del tamborilero está captada con seguro trazo realista en el que sobre un fondo amarillo naranja sorprendente, fulgura el rojo de la faja, si bien el contraste se suaviza por el pardo color del indumento y del torreonado perfil de la ciudad que se eleva sobre una bella franja verde indicadora del rodeo. No nos explicamos por qué no ha sido premiado cualquiera de los dos carteles «Redoble» o «Mi patria chica», de facturas estilizadas servidas por un dibujo preciso y una entonada al par que vistosa policromía. Y terminamos felicitando al veterano maestro Sr. Burgos, y al aficionado Toribio López, galardonado con el segundo premio por su cartel «Chicuelina».

CURIO O'XILLO

AL MARGEN DE LOS LIBROS

Una obra más de Rodríguez-Moñino

El infatigable erudito extremeño Don Antonio Rodríguez-Moñino dió a la estampa el pasado año un nuevo libro que tituló *Viaje a España del Rey Don Sebastián de Portugal*. Anteriormente publicado en la *Revista de Estudios Extremeños*, III (1947), 3-75 y 279-360.

Recoge esta obra las directrices de las aficiones de Moñino. En cuanto a la materia: la Historia; en cuanto al sentimiento: Extremadura; y si nos fijamos en su espíritu descubrimos en ella, rápidamente, al bibliófilo. Quizás cause extrañeza que el espíritu de la obra nos revele esta faceta, sin embargo nada más natural. En un libro se pueden distinguir dos partes: una material y otra espiritual. La material—aunque parezca paradoja—la constituyen las ideas en él contenidas, el tema de que trata; la espiritual es todo lo demás, lo inútil, lo que no interesa en el sentido práctico, o sea la materia—materia física—y la forma del libro.

Pudiera pensarse, por lo dicho, que la publicación que comentamos, es un hermoso cofre vacío, y nada más lejos de la realidad, quien así cuida de la forma también sabe hacerlo del fondo. Cada día gana más adeptos la tesis de que toda obra artística ha de tener una perfecta adecuación entre el fondo y la forma, no siendo esta última otra cosa que la superficie, el límite de aquél, pero idénticos en realidad. No estaría de más el estudiar los trabajos de investigación dentro del campo de la estética. Toda manifestación humana puede ser realizada o interpretada artísticamente.

El libro que tratamos de comentar versa sobre el viaje del Rey Don Sebastián a Guadalupe para entrevistarse con su tío el monarca español Don Felipe II. Ambos reyes han sido frecuentemente estudiados, a veces todavía lo son, con visión parcial y partidista. Rodríguez-Moñino huye de ello, su norma eficaz es la de todo buen historiador: objetividad. Mira los hechos detenidamente y saca sus consecuencias sin salirse nunca de ellas para ajustarlas a un sentir predeterminado. Don Sebastián y Felipe II salen de la pluma del eminente polígrafo como hombres, ni demonios ni ángeles. Su visión es elevada; el historiador, insisto en ello, ha de ver las personas y los sucesos como un esteta, un contemplador desapasionado, nunca como un sectario. Ello no es obstáculo para que a veces, para mayor comprensión, en vez de mirar desde arriba lo haga desde dentro de los personajes. Desde luego, como aquí no pretende otra cosa, se limita, siempre objetivo, a estudiar sus tipos en lo que se refiere a la entrevista guadalupense.

A título de curiosidad, y para completar el conocimiento del rey portugués no solamente en su dimensión histórica sino también en la legendaria, nos informa de los sucesos sobrenaturales que acaecieron, o que se decían haber acaecido, en su nacimiento y antes de la expedición. Así, también, nos presenta el contorno del monarca: sus privados aduladores. Muy de pasada toca los motivos históricos que movieron a Don Sebastián a trasladarse a Africa.

Sobre las negociaciones matrimoniales da una visión de las posibles dificultades, dejando el campo libre a los especialistas en la materia que quieran estudiarlo desde el campo de la medicina.

Cuando Felipe II tiene que aconsejar a su joven pariente sobre la empresa africana, lo vemos—plenamente humano—luchando frente a frente sus intereses y su sentimiento, «pero sobre la razón—dice Moñino—triumfó la humanidad».

La descripción del Monasterio de Guadalupe en el siglo XVI es deliciosa; al leer el capítulo en que se trata nos sentimos trasladados a aquel ambiente y a aquella época. Recreándose el autor en el recuento de los preparativos para el recibimiento de los monarcas, y en la escrupulosa revista que pasó Felipe II, hombre de detalles, que nos recuerda en su minuciosidad, perdónesenos la comparación, a Moñino en sus trabajos bibliográficos.

En lo tocante al viaje de Don Sebastián lo sabemos todo; cuidadosamente nos informa esta obra del más pequeño pormenor. El primer lugar español que le ofrece

hospedaje es Badajoz. Y como en un documental cinematográfico la cámara erudita nos presenta un primer plano en el año 1574; e inmediatamente vemos todo lo que sucedió, siguiendo paso a paso al monarca por las calles de la ciudad.

Los distintos lugares del trayecto van agasajando al joven Rey y nosotros nos enteramos muy precisamente de ello. Digna de hacer notar es la sabrosa descripción de la cocina extremeña con motivo del banquete de Talavera.

Es agradable para los extremeños el oír elogiar a los que viajaron por nuestra tierra, los agasajos de que fueron objeto. El tratar así a los huéspedes nos viene de antiguo, figura representativa pudiera ser el espléndido Conde de Medellín, magníficamente dibujado en el libro que comentamos.

De la estancia en Guadalupe no es menor la información que tenemos, si se exceptúan las conversaciones reales que, llevadas con tal recato, solo se vislumbran sus temas por referencias. Sobre lo demás no ignoramos nada, sabemos los vestidos que llevaban y los movimientos más recónditos que hacían los principales personajes.

Son interesantísimos los apéndices que publica. Una carta de Don Juan de San Clemente, propiedad del autor—sabida es la copia de documentos y libros extremeños que posee Rodríguez-Moñino—. Esta carta nos detalla el paso del monarca portugués por Badajoz, dando datos valiosos para el conocimiento de la ciudad y de la época.

La *Relación del Músico Toledano* es fundamental, a ella ha de recurrirse para cualquier estudio que se haga sobre Don Sebastián. Tiene forma de diario y nos describe los hechos de Felipe II y aún más minuciosos los de su sobrino. Los estudios que se quieran hacer sobre las costumbres extremeñas y españolas en el siglo XVI tienen en ella una ayuda valiosa.

Hay un documento de la Bibliothéque Nationale de Paris que nos da noticias del recibimiento y estancia en Guadalupe, y va publicado con el título de *Relación Anónima de Paris*.

Completando los documentos en prosa vienen unas *Coplas del gran Peña sobre algunos dichos de los portugueses en Guadalupe*, que nos recuerdan otros tipos de canciones populares más antiguas; ellas nos dan la nota viva de los hechos, algunos confirmados en otra parte.

Unos versos de Cepeda, muy malos, dan nueva información sobre la entrada del Rey en Badajoz.

Los *Presupuestos de la campaña de Africa*, serían suficientes para hacer un estudio sobre la organización de un ejército y su abastecimiento en aquel tiempo.

El *Viaje a España del Rey Don Sebastián de Portugal* es básico para cualquier estudio sebastiano posterior, así como para la Historia de Extremadura e incluso para cualquier obra que trate de las costumbres del siglo XVI. Es sencillamente una obra más de Rodríguez-Moñino.

MANUEL SITO ALBA

CALMA..., por Manuel Terrón Albarrán (Badajoz 1949).

Poesía y prosa campera, según reza en el subtítulo. Carta-prólogo de nuestro culto colaborador D. Julio Cienfuegos Linares. La portada, a cargo del dibujante D. José María Collado, que también ilustra el *Preludio (Himno a Extremadura)*, con que comienza el libro.

Décimas de endecasílabos libres; romances, formando estrofas de dos, cuatro y seis versos; sonetos, de tercetos rimados a elección del poeta y preferentemente de tres consonantes; y otras combinaciones métricas. He aquí la parte rítmica del volumen. La correspondiente a la prosa está integrada por varias estampas campesinas. El denominador común de estas dos modalidades literarias es el sentimiento lírico. Un sentimiento lírico más rudo y arbitrario, que templado y dulce.

Terrón Albarrán es un impresionista, con Azorín y Miró como modelos preferidos. Posee un léxico abundante, copioso, con miras a lo plástico y a lo musical. No carece de imaginación creadora. Imágenes y tropos surgen a cada paso, más si cabe cuando el lenguaje se desentiende de las reglas inflexibles del verso.

Y puesto que viene a cuento, notaremos que estas reglas no siempre se observan. Un buen oído advierte que hay en el libro versos de ocho y de once sílabas cor-

tos, y estos últimos sin el acento en su sitio: «de berilos y de aguas»; «quebró el silencio de albor-tesoro»; «que le pregona la recia jácara». Sabido es que los versos que terminan en palabra esdrújula necesitan una sílaba más, como una menos los que concluyen en aguda. Y si los versos de cualquier medida, excepto los endecasílabos y algún otro más que no viene al caso, pueden llevar el acento al arbitrio del poeta, si bien suenan mejor cuando lo tienen en determinada sílaba, los de once han de llevarlo por fuerza en la sexta (propios) o en la cuarta y octava (heroicos). (Nos limitamos a indicar la acentuación de los endecasílabos más corrientes). Hay preceptos que son consubstanciales al arte, que están impuestos por la naturaleza de las cosas, y quien falta a ellos recibe más daño que beneficio.

«Yergue el castillo entre un siglo de hiedra»; «¿Qué sucede? Mira, atisba, se espanta»; «Para al fiero jabalí y desafia». Ninguno de estos versos lleva el acento en su sitio. De aquí que parezcan prosa. Además *erguir* no debe emplearse en este caso más que en forma reflexiva. Esto es muy azoriniano. El ilustre autor de *Los Pueblos* no supo—o no quiso—nunca dar al verbo *destacar* el régimen debido.

No pretendemos con esto hacer un alarde de conocimientos retóricos y gramaticales, sino simplemente llamar la atención del autor de CALMA... sobre dichos extremos, por si le parece bien tener presente en lo futuro nuestras observaciones.

También hemos advertido, que dada su riqueza léxica, el paciente esmero que pone en la búsqueda de voces con que esmaltar el lenguaje y darle sonoridad y bizarría, debiera evitar los neologismos y arcaísmos, así como el atribuir a determinadas palabras misión gramatical que específicamente no tienen: «y su frente arrogante la diadema»; «y bastionan las sierras milenarias»; *ocrosos, azulosa, croajar, timbran*, etcétera.

Entre los sonetos que avaloran este libro conviene hacer resaltar por sus versos apretados y jugosos, *Otoño, Cazador*—inspirado en el cuadro de Covarsí: *Cazador de Avutardas*—y *En el Jueves Santo*. El romance intitulado *Tormenta en Junio* ofrece algunas imágenes inspiradas y audaces.

A lo largo de cada composición daremos con bellas representaciones de fuerte colorido; con versos muy bien forjados, duros como el pedernal o blandos y dulces como albérgigos maduros. «Sintió el enigma de su carne ardiente»; «Tronó triunfal en el bravo puerto—guerrero y montaraz clamor sonoro,—saltó como huracán o meteoro—el ciervo del canchal al campo abierto». ¡Qué lástima ese huracán o meteoro, que es tanto como decir «rana o anfibio». Por lo demás, el cuarteto es sonoro y está bien medido y acentuado. «Serena y dulce luz de su escultura». «Envaina el frío acero del cuchillo»; «temblando a su clamor la serranía»; «y clava entre los tersos montanares—la punta fulgurante de sus lanzas...»; «va surgiendo de los senos de la tierra—el glorioso color de la mañana».

Impecables, excelentes versos; ejemplos de inspiración y de musicalidad.

Las estampas en prosa—*Campos paniegos, Almendros en flor, Lejanías y Dos Tardes*—descogen la gran túnica del lenguaje, que aparece recamado de voces desusadas, cuyo empleo no siempre se conforma con el verdadero sentido de cada una. La violencia que ejerce el autor sobre el lenguaje tropológico y sobre el auténtico sentido de las cosas, revela exaltación lírica, pero no siempre se logra así herir más vivamente la sensibilidad de los lectores. Una presión excesivamente alta impide que el caudal poético circule con regularidad. A ratos esta prosa parece trabajada a cincel. El paisaje es evocado a través de la recíura y valor pictórico de algunas voces bien dispuestas. Tales trozos descriptivos dejan en el ánimo del lector una honda huella.

Para ilustrar el volumen se han hecho reproducciones fotográficas de bellas pinturas de Hermoso, Covarsí y Amador.

P. R. M.